

TFM Miriam Sanjuán Méndez

por Miriam Sanjuán Méndez

ARCHIVO	91967_MIRIAM_SANJUAN_MENDEZ_TFM_MIRIAM_SANJUAN_MENDEZ_1 651689_1422622362.PDF (271.2K)		
HORA DE LA ENTREGA	10-MAY.-2020 11:58A. M. (UTC+0200)	NÚMERO DE PALABRAS	10005
IDENTIFICADOR DE LA ENTREGA	1320742352	SUMA DE CARACTERES	56373

Miriam
Sanjuán
Méndez



Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

Relación entre conflictividad parental, estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos y resiliencia en jóvenes adultos.

Autor/a: Miriam Sanjuán Méndez
Director/a Profesional: María Jesús Boticario Galavís
Director/a Metodológico/a: María Cortés Rodríguez

**Relación entre conflictividad parental, estrategias de afrontamiento de
resolución de conflictos y resiliencia en jóvenes adultos.**



MADRID | Mayo 2020

Resumen

El presente estudio tuvo como objetivo comprobar si la conflictividad parental percibida por hijos constituía un evento que repercutiera negativamente en el desarrollo de sus estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos, una vez ya eran jóvenes adultos. Además de ello, se pretendía valorar si la resiliencia era un factor que de igual manera se viera afectado. La muestra fue constituida por 112 sujetos de entre 18 y 30 años (76 mujeres y 36 hombres); y se utilizaron tres instrumentos: Escala de Resiliencia abreviada, Escala de Conflicto Interparental desde la Perspectiva de los hijos e Inventario de Estrategias de Afrontamiento. Los resultados obtenidos indican que existe una relación directa entre conflictividad parental percibida y manejo inadecuado de las estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos; así como una relación directa entre manejo adecuado de las estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos y resiliencia. Por el contrario, la conflictividad parental percibida no ha influido en el desarrollo de la resiliencia. Los hallazgos muestran la importancia que tiene que los hijos perciban un buen clima familiar para que puedan desarrollar adecuadamente sus estrategias de afrontamiento. Asimismo, avalan que el clima familiar no es determinante para desarrollar una buena capacidad de resiliencia.

Palabras clave: conflictividad parental, estrategias de afrontamiento, resiliencia, jóvenes adultos

Abstract

The present study aimed to verify whether the parental conflict perceived by the children had been an event that had a negative impact on the development of their conflict resolution coping strategies once they were young adults. Furthermore, it intended to assess whether resilience was a factor that was affected. The sample was made up of 112 subjects between 18 and 30 years old (76 women and 36 men) and three instruments were used: Reduced Resilience Scale, the Interparental Conflict Scale from the Perspective of the Children and the Coping Strategies Inventory. The results indicate that there is a direct relation between the parental conflict perceived and inadequate management of conflict resolution coping strategies; as well as a direct relation between adequate management of conflict resolution coping strategies and resilience. Nevertheless, the parental conflict perceived has not influenced the development of resilience. The findings illustrate how important it is for children to perceive a good family climate so that they can adequately develop their coping strategies. Moreover, they support that the family climate is not decisive for developing good resilience.

Key words: parental conflict, coping strategies, resilience, young adults

La familia

La familia es uno de los primeros contextos de socialización de los hijos, tiene un papel primordial en el desarrollo de los niños y las niñas, siendo el entorno de crecimiento principal durante los primeros años de vida (Muñoz, 2005). La familia consiste en una institución social que se fundamenta en las relaciones afectivas y desde la que se aprenden los valores, las creencias y las conductas adecuadas para la sociedad. Además, se caracteriza por ser la parte más representativa del ciclo vital por el que transcurren las personas (Estévez, Murgui, Musitu y Moreno, 2008). De la misma manera, la familia está relacionada con el aprendizaje del manejo y resolución de conflictos, las habilidades sociales y con las conductas prosociales y de regulación emocional (Cuervo, 2010).

Según Palacios y Rodrigo (1998), el concepto de familia quedaría definido como:

La unión de personas que comparten un proyecto vital de existencia en común que se quiere duradero, en el que se generan fuertes sentimientos de pertenencia a dicho grupo, existe un compromiso personal entre sus miembros y se establecen intensas relaciones de intimidad, reciprocidad y dependencia. (p.33)

Dentro de este sistema familiar, entre los progenitores y los hijos se genera un vínculo que es lo que Bowlby (1969, citado en López, 2006) denominó apego, definiéndolo como un vínculo afectivo, cuya naturaleza es social y se establece entre dos personas.

La teoría del apego desarrollada por John Bowlby, relata el efecto que tienen las experiencias tempranas y la relación con la figura de apego en el desarrollo del niño, considerándose en la actualidad uno de los conceptos más revolucionarios de los años 60 (Moneta, 2014).

Las características principales del apego son conductas de proximidad, intimidad y apoyo en las relaciones con el mundo físico y social. Se establece durante el primer año de vida, pero la posibilidad de generar nuevos procesos de vinculación permanece durante toda la vida (López, 2006).

Como resultado de las experiencias de apego, las personas desarrollan distintos estilos del mismo, los cuales permanecen relativamente estables a lo largo del tiempo. Existen diferentes patrones enmarcados en las siguientes dimensiones: grado de confianza-desconfianza, seguridad-ansiedad, intimidad-evitación de la misma. A continuación, se explican los distintos patrones según López (2006) y Ortiz y López (2014):

En primer lugar, contemplamos el apego seguro. Caracterizado por gran confianza en la otra persona, el deseo de establecer relaciones y la despreocupación de cómo fluyan estas.

En segundo lugar, se encontraría el apego ambivalente ansioso. Cuyas características son una gran desconfianza y preocupación por las relaciones, junto con la necesidad de aprobación de los demás.

En tercer lugar, el apego evitativo. Caracterizado por no conceder gran importancia al afecto, además de una gran desconfianza y miedo a la intimidad.

Por último, el apego desorganizado. El cuál combina características del ambivalente y el evitativo.

Existen dos posturas contrapuestas acerca de la estabilidad del apego con el paso del tiempo. Por un lado, está la “postura prototípica” que defiende la estabilidad a través de las distintas situaciones, ya que el sistema de apego y el modelo interno de trabajo se consideran únicos y permanentes a lo largo de toda la vida (Fraley, 2002). Por otro lado, está la “postura revisionista” que considera el sistema de apego como algo cambiante, puesto que las representaciones y conductas se encuentran en continua actividad, sin tener por qué mantenerse (Fraley, 2002).

Sin embargo, existen estudios como el de Waters, Merrick, Treboux, Crowell y Albersheim (2000) que revisaron la estabilidad del apego en jóvenes de 20 años y encontraron que el 72% de los casos tuvo un apego igual que el que mostró en el primer año de vida. Por lo tanto, parece haber una tendencia a la estabilidad, aunque si ocurren hechos significativos a lo largo de la vida, se puede producir un cambio.

Los niños cuando tienen entre cuatro y seis años suelen haber elaborado los celos intrafamiliares (de haber tenido lugar), además de haber desarrollado su comunicación verbal, su capacidad de autocontrol y su conocimiento social. Pudiendo así establecer relaciones agradables y satisfactorias con las figuras de apego. Sin embargo, estas relaciones pueden verse perjudicadas por hechos diversos, como los problemas entre los padres. Ello genera un grave conflicto emocional para los niños de esta edad, que no comprenden que el vínculo emocional pueda romperse. Por lo tanto, los frecuentes conflictos, así como los comentarios y conductas dañinas, tienden a deteriorar el vínculo que el niño tiene con los padres, transmitiendo la creencia de que los vínculos intrafamiliares no son consistentes (Ortiz y López, 2014).

Además del contexto familiar, en la sociedad se solapan distintos contextos de influencia, como pueden ser la escuela, los iguales y los medios de comunicación. A pesar de ello, la familia continúa siendo el contexto más importante en el que se producen las influencias socializadoras (Maccoby, 1994). Esto se debe a que son las primeras y más persistentes. Este hecho se ha visto potenciado en los últimos años como consecuencia del abandono tardío del

hogar familiar, es decir, por el hecho de que los jóvenes se independizan más tarde. Además, se suma que estas relaciones familiares se caracterizan por una gran intensidad afectiva y tienen la capacidad de moldear cómo serán las relaciones fuera de la familia. Por lo tanto, a pesar de que las funciones varían a lo largo de las distintas etapas, la familia de origen continúa teniendo gran importancia y repercusión a lo largo de toda la vida (Grusec, 2002 y Palacios, 1999). De ahí, la importancia de hablar sobre el clima familiar.

Clima familiar

La familia tiene un gran poder de influencia sobre el desarrollo de los hijos, por lo que es importante entender en qué se traduce esto. Según la teoría ecocultural de Gallimore, Goldenberg y Weisner (1993, citado en Acuña y Rodrigo, 1998), las familias conforman nichos ecoculturales en los que se establecen rutinas diarias. Dichos entornos dan la oportunidad a los hijos de aprender a través del modelado, la participación conjunta de actividades y otros aprendizajes que tienen lugar en las interacciones. Por consiguiente, los entornos de actividades constituyen una gran parte de la vida cotidiana (Acuña y Rodrigo, 1998).

El entorno en el que se producen dichas interacciones es el denominado clima familiar, definido por Martínez (1996) como el ambiente que perciben los miembros que participan en la familia. Más concretamente, las percepciones subjetivas y el conjunto de significados compartidos que tienen los padres y los hijos acerca de las características del funcionamiento familiar. Se traduce en: presencia de conflictos familiares, calidad de comunicación, organización de las actividades familiares y cohesión afectiva entre los miembros (Amezcuá, Pichardo y Fernández de Haro, 2002 y Estévez, Murgui, Musitu y Moreno, 2008).

En relación a las influencias que se producen dentro del clima familiar, resulta relevante abordar el modelo tradicional de socialización familiar. Éste explica la influencia que tienen los padres sobre la educación de los hijos, derivada de los distintos estilos de interacción; los cuales determinan el tipo de relación que establecen padres e hijos y las consecuencias sobre los comportamientos de los mismos, tanto a corto como a largo plazo. Los distintos estilos de interacción vienen marcados por las dimensiones de afecto y comunicación y exigencias y control (Palacios, 1999). De acuerdo con Ceballos y Rodrigo (1998) y con Palacios y Moreno (1998), los distintos estilos y sus consecuencias quedan definidos como:

El estilo democrático, marcado por tener valores altos tanto en afectividad y comunicación como en exigencias y control. Esto se traduce en hijos que terminan por desarrollar una buena

competencia social, una alta autoestima, una gran capacidad de autocontrol, así como una gran independencia.

El estilo permisivo, caracterizado por presentar altos valores de afectividad y comunicación, pero bajos de exigencias y control. Los hijos se desarrollan con un carácter marcado por la alegría, vitalidad y creatividad, aunque presentan dificultades para controlar los impulsos o postergar las gratificaciones.

El estilo autoritario, manifiesta bajos valores de afectividad y comunicación y altos de exigencias y control. Los hijos tienen una menor autoestima en comparación con los anteriores, dependen en exceso del control externo, llegando a presentar conductas impulsivas o agresivas cuando no está presente dicho control.

El estilo negligente, definido por bajos valores de afectividad y comunicación, de exigencias y control. El perfil de estos hijos es el definido como más problemático, identificado por una baja autoestima, dificultades de autocontrol y de relaciones con los iguales, con una mayor tendencia a conflictos personales y sociales.

De esta manera, se podría afirmar que el clima que se vive dentro de la familia influye en las conductas de regulación de los hijos. Éstas se desarrollan inicialmente en las primeras interacciones familiares, durante las cuales los padres involucran a los hijos en la resolución colaborativa de conflictos, hablan sobre emociones específicas y los eventos que los provocan, a la vez que desarrollan estrategias de afrontamiento adaptativas (Crockenberg y Langrock, 2001).

Asimismo, Estévez, Murgui, Musitu y Moreno (2008) pudieron comprobar la existencia de un vínculo entre calidad de clima familiar y distintos desajustes personales en los hijos. Cuando un clima familiar es negativo, caracterizándose éste por la presencia de continuos conflictos y problemas de comunicación, es asociado a distintos problemas emocionales y conductuales de los hijos (Cummings, Goeke-Morey y Papp, 2003).

Distintas investigaciones como las de Cummings, Davies y Simpson (1994), Grych y Fincham (2001) y Katz y Gottman (1995) han estudiado la interacción entre padres e hijos y su posible influencia en los comportamientos inadaptados de éstos; concluyendo que la exposición de los hijos a un clima familiar marcado por la conflictividad se relaciona de forma significativa con las dificultades de ajuste social y personal. Teniendo especial relevancia los conflictos que se producen de forma continuada en la pareja, cuando éstos no se resuelven.

Conflictos de pareja

Las relaciones matrimoniales empiezan en etapas de adaptación, y si surgen conflictos en la pareja, se sitúan en la etapa de estancamiento y decadencia de las relaciones, de acuerdo con la teoría de Levinger y Snoek (1972, citados en Ramírez, 2004).

Los conflictos matrimoniales son entendidos como una variable multidimensional, siendo muchos de sus aspectos vinculados con el ajuste de los hijos. Mayormente se destacan la forma en que se expresa el conflicto, la duración, la frecuencia, el contenido y la resolución de este. Junto a ello, queda contrastada la existencia de una fuerte y consistente relación de la percepción de los hijos sobre dichos conflictos, con su nivel de adaptación (Grych, Seid y Fincham, 1992).

Es importante entender que los conflictos en los matrimonios son inevitables y hasta cierto punto, normales y naturales dentro de la vida familiar. Por ello es necesario hacer una distinción entre conflictos matrimoniales constructivos y destructivos. Entendiéndose por los constructivos, aquellos en los que existe una resolución exitosa del conflicto; en la cual se dan las explicaciones de padres a hijos sobre la resolución de los mismos, además de una aclaración acerca de que dichos conflictos estos no constituyen problema grave. Mientras que los destructivos serían aquellos que incluyen violencia interparental, agresividad tanto verbal como no verbal, amenazas de abandono durante el conflicto y todo ello sin llegar a ninguna resolución (Cummings y Davies, 2002). Concluyendo así, que las disputas entre los padres implicarían un acontecimiento estresante para el niño (Ferreiro, Santos y Ferreira, 2007).

El hecho de que los hijos vivan las situaciones de conflictos parentales, puede tener consecuencias sobre su funcionamiento cognitivo, social, académico y psicobiológico (Cummings y Davies, 2002), así como problemas externalizadores de la conducta (Jenkins, Simpson, Dunn, Rasbash y O'Connor, 2005), ansiedad y síntomas depresivos (Harold y Sellers, 2018). Dichas consecuencias pueden ser tanto inmediatas como a largo plazo, además de existir la posibilidad de que se mantengan en el tiempo (Porter y O'Leary, 1980). Por lo tanto, los conflictos de pareja representan un factor de riesgo para el comportamiento de los hijos, convirtiéndose en una variable predictora e influyente de su conducta (Cummings y Davies, 2002; Grych, Jouriles, Swank, McDonald y Norwood, 2000; Harold y Sellers, 2018 y Ramírez, 2004).

De acuerdo con la teoría familiar sistémica, se entiende la psicopatología como un reflejo del funcionamiento familiar. Por ello, los conflictos maritales son considerados un factor de riesgo para los hijos, debido a que estos suelen ir acompañados de un mayor rechazo en la

relación padres-hijos, junto a comportamientos sintomáticos en los hijos. Algunas consecuencias de observar los conflictos parentales son: déficits específicos en el procesamiento social y en la atribución de la hostilidad, incapacidad para generar soluciones competentes, una tendencia a mostrarse más amenazados y con mayor angustia a la hora de hacer frente a nuevos conflictos (Margolin, Oliver y Medina, 2001).

Grych y Fincham (1990) propusieron un modelo que describe cómo la percepción que tienen los hijos de los conflictos maritales media en su comportamiento. Estas percepciones están influenciadas a su vez por las características del contexto del conflicto marital, las cuales son interpretadas bajo la perspectiva de la experiencia de los hijos con el conflicto y sus habilidades cognitivas para hacer inferencias causales, participar en el razonamiento causal y tomar la perspectiva de los demás.

En relación con el marco cognitivo-contextual propuesto por Grych y Fincham (1990), donde se pone especial énfasis en los efectos que producen los conflictos maritales sobre el posterior desarrollo cognitivo de los hijos; se han estudiado las cogniciones que tienen acerca de ellos mismos, incluyendo la culpa y la amenaza. Existe evidencia de que los conflictos maritales tienen efectos sobre estas cogniciones (Cummings, Davies y Simpson, 1994 y Grych, Seid y Fincham, 1992).

La percepción que tienen el niño de su implicación en el conflicto interparental tiene un impacto sobre las futuras representaciones de sí mismo y su funcionamiento. Los niños reaccionan ante los conflictos parentales con elevados niveles de miedo, angustia e ira. La reactividad emocional no es solo una cuestión de sus sentimientos, pues también incluyen categorías de respuesta que van desde un comportamiento emocional abierto hasta el encubrimiento de los sentimientos (Cummings y Davies, 2002).

Las evaluaciones negativas y expectativas producidas por experiencias familiares anteriores tienden a alimentar las reacciones afectivas negativas de los hijos. Estas reacciones emocionales, son un predictor de los futuros comportamientos sociales de los hijos y de sus cogniciones y estrategias de afrontamiento (Cummings y Davies, 2002).

Estrategias de afrontamiento

Las estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos fueron definidas por Lazarus y Folkman (1986) como los esfuerzos cognitivos y conductuales en continuo cambio, desarrollados para manejar las demandas específicas, externas e internas, que las personas consideran desbordantes. A su vez, McCubbin, Cauble y Patterson (1982, citados en Macías,

Madariaga, Valle y Zambrano, 2013), ponen de manifiesto que los procesos de afrontamiento median en el ámbito social, además de presentarse de manera individual.

Desde la perspectiva de Lazarus y Folkman (1986), el afrontamiento se entiende como un proceso que se encuentra en constante cambio, en el cual, las condiciones del contexto están en interacción con el individuo. Por lo tanto, dichas interacciones ejercen una influencia mutua en las variables personales y situacionales, donde la intercesión se encuentra en el intercambio simbólico de determinados contextos. El afrontamiento de situaciones conflictivas es adecuado cuando los intercambios tienen sentido dentro de una valoración que hace la persona de la situación. El significado que las personas le conceden a tal situación, se explica a partir de su biografía, sus relaciones, su percepción de la capacidad que tiene de hacer frente a las circunstancias y el grado de tolerancia.

Lazarus y Folkman (1986) señalan dos formas de afrontamiento de resolución de conflictos. Por un lado, encontramos el afrontamiento dirigido a la emoción, donde las personas son conscientes de que no pueden cambiar las condiciones amenazantes del contexto. Por ello recurren a distintos procesos cognitivos para intentar disminuir la alteración emocional, como pueden ser la evitación, minimización o comparaciones positivas entre otros. El término que estos autores emplean para hacer referencia a esta forma de afrontamiento se denomina reevaluaciones cognitivas. En contraposición, tenemos el afrontamiento dirigido al problema. Aquí las personas evalúan las condiciones que se les presentan como susceptibles de cambio, por lo tanto, emplean estrategias dirigidas a buscar soluciones en función del costo y beneficio.

Cummings y Davies (2002), encontraron que existen dos clases principales de afrontamiento relacionadas con el conflicto interparental en los hijos, el afrontamiento centrado en la emoción y el afrontamiento centrado en las estrategias frente al problema. Las estrategias enfocadas en el problema, reflejan los intentos de alterar la situación estresante a través de resolver el problema e involucrar intentos de intervención en el conflicto matrimonial. Por el contrario, cuando los niños usan estrategias enfocadas en la emoción, tratan de cambiar los propios estados emocionales, realizando conductas de evitación o escape, haciendo una reevaluación positiva, buscando apoyo y distanciándose del conflicto. Las estrategias que emplean los hijos se manifiestan desde una implicación excesiva en el conflicto interparental hasta estrategias prolongadas y rígidas para evitar conflictos.

De acuerdo con Pinheiro y Mena (2014), la adolescencia y la joven adultez representan una etapa del desarrollo particularmente marcada por la vulnerabilidad, además si las personas se desarrollan en un clima de conflicto interparental, puede afectarles originando

sentimientos de culpa y de división. De la misma manera, Goeke-Morey, Papp y Cummings (2013), afirmaron que los adolescentes expuestos a conflictos interparentales sienten un mayor nivel de amenaza y culpa, así como menor habilidad de resolución de los conflictos.

Desde el enfoque sistémico utilizado por McCubbin, Olson y Larsen (1981, citados en Macías, Madariaga, Valle y Zambrano, 2013), es importante entender al sistema familiar como un conjunto de interacciones de afrontamiento individual y familiar que tienen una influencia mutua. Siendo así relevante el papel que juega cada miembro de la familia y la interacción del sistema, ya que determinarán los modos de afrontar situaciones conflictivas diarias.

De esta manera y de acuerdo con Macías, Madariaga, Valle y Zambrano (2013), el contexto familiar representa para los hijos un espacio educativo de moldeamiento y aprendizaje de distintas formas de manejar situaciones conflictivas. Los hijos, al formar parte del sistema familiar, tienen en cuenta los distintos estilos de afrontamiento que asumen sus familiares a la hora de enfrentarse a una situación conflictiva. En este sentido, se puede apreciar una estrecha relación entre el afrontamiento de los familiares y el afrontamiento individual de los hijos ante los problemas. Concluyendo que el mal funcionamiento de una familia podría repercutir en un afrontamiento individual disfuncional de los distintos miembros ante múltiples situaciones conflictivas.

Con todo ello, mi hipótesis de trabajo es que aquellas personas que hayan percibido una alta conflictividad parental desde su infancia, tendrán afectadas sus estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos de forma negativa.

Resiliencia

El hecho de haber percibido una experiencia familiar marcada por continuos conflictos parentales puede haber mermado el desarrollo de las estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos de los hijos, pero ¿qué ocurre con su capacidad de resiliencia?

Los seres humanos se encuentran durante el transcurso de la vida con constantes dificultades y retos, que van desde los problemas cotidianos hasta los de mayor gravedad. Para hacer frente a estas adversidades las personas tienen distintas maneras de reaccionar, mientras algunos se ven sobrepasados, otros reaccionan positivamente (Fletcher y Sarkar, 2013). Este afrontamiento positivo ante la adversidad es lo que se denomina como resiliencia. Más concretamente, según la definición de Masten, Best y Garmeiz, (1990, citados en Fletcher y Sarkar, 2013), la resiliencia sería “el proceso, la capacidad o el resultado de una adaptación exitosa a pesar de circunstancias desafiantes o amenazantes” (p.13).

A pesar de que existen múltiples definiciones para este concepto, hay dos características comunes a todas ellas. Primero, la exposición a alguna experiencia amenazante, ya que es cuando se hace latente la necesidad de responder adaptativamente. En segundo lugar, se encontraría dicha adaptación positiva, entendiéndose por ésta los distintos comportamientos que se realizan para resolver la situación conflictiva con éxito (Luthar, Cicchetti y Becker, 2000).

Desde el enfoque ecosistémico, el estudio de la resiliencia trata de observar las interacciones con el contexto y la manera en la que el individuo da respuesta a las demandas, se adapta al ambiente y puede reestablecer el equilibrio. Este enfoque centra su atención en los distintos ambientes donde interactúan los individuos y si éstos les proporcionan los recursos necesarios para su adaptación y funcionamiento ante los problemas (Ungar et al, 2007).

El concepto de resiliencia pone de manifiesto que una infancia infeliz y marcada por la conflictividad no determina ni conduce de manera inevitable hacia una desadaptación futura. La perspectiva de la resiliencia realza el papel activo que tiene el individuo en su desarrollo en la interacción humana. A su vez, pone de manifiesto que los entornos desfavorables no afectan de la misma manera a todas las personas (Uriarte, 2005).

Sin embargo, la combinación positiva de distintos factores, como expectativas y valores de los padres, favorece la creación de un nicho ecológico estable y seguro, que propicia una buena vinculación afectiva; convirtiéndose así un apego seguro y un contexto familiar afable en factores de protección y desarrollo de la resiliencia de los hijos (Uriarte, 2005). Así, factores del entorno y personales de la resiliencia se encuentran en una relación de interdependencia (Pérez, Ferri, Melià y Miranda, 2007). Se consideran los comportamientos vinculados a la resiliencia como expresiones personales que se constituyeron en los primeros años de vida en la interacción social (Cyrulnik, 2013).

De la misma manera, Lázaro (2009) observó que tanto los intereses compartidos como los vínculos establecidos con personas significativas fuera del contexto familiar, favorecía la aparición de conductas resilientes en personas con circunstancias familiares conflictivas. Constituyendo la red social un factor protector de estas personas en la joven adultez.

Asimismo, Greenspan (1996, citado en Fiorentino, 2008) expone unas condiciones familiares que favorecen el desarrollo de la resiliencia de los hijos, siendo éstas: una estructura y reglas claras del hogar, apoyo entre los padres, estrategias de afrontamiento familiares eficaces ante situaciones conflictivas, prácticas de cuidado efectivas, interacción

y apego seguro entre padres e hijos y unas expectativas positivas de los padres sobre sus hijos.

Por lo tanto, entendiendo la resiliencia como la capacidad para presentar un comportamiento adaptativo tanto a nivel físico como psicológico en situaciones amenazantes, se podría decir que la resiliencia no es una característica absoluta, sino un proceso dinámico que puede evolucionar según las circunstancias del contexto y de la etapa de la vida en la que se encuentra cada persona (Manciaux, Vanistendael, Lecomte y Cyrulnik, 2001).

La capacidad de resiliencia no es una cualidad excepcional de algunos individuos, sino que todo el mundo presenta el potencial de ser resiliente. Algunas características internas que propone Benard (1991) y que presentan jóvenes en riesgo, pero resilientes son: competencia social, capacidades de resolución de problemas (búsqueda de ayuda, pensamiento crítico y creativo) y autonomía (alejamiento de los mensajes y condiciones negativas). En la misma línea Uriarte (2005), caracteriza a las personas resilientes como competentes y con habilidades positivas para afrontar situaciones adversas. Además, Benard (1991) propone el cuidado y la implicación afectiva de los adultos como un factor de protección externa.

De acuerdo con Lázaro (2009) y Luthar et al. (2000), la resiliencia es una capacidad que está asociada con las relaciones cercanas que desarrolla la persona, aunque especialmente con la familia, los pares y los adultos que han tenido un papel significativo en sus vidas.

Cyrulnik (2013) aporta la siguiente metáfora del arte de navegar en los torrentes para explicar la resiliencia:

Un trauma ha empujado al herido en una dirección en la que hubiera preferido no ir. Pero como ha caído en una ola que le arrolla y le arrastra hacia una cascada de heridas, el resiliente ha de apelar a los recursos en su memoria, ha de luchar para no dejarse arrastrar por la pendiente natural de los traumatismos, que le llevan dando tumbos de golpe en golpe hasta que una mano tendida le ofrezca un recurso externo, una relación afectiva, una institución social o cultural que le permita recuperarse. (p.225)

En esta metáfora del arte de navegar, los recursos internos y el apego seguro son dos de los factores esenciales que permiten a las personas resilientes dejarse ayudar. Se podría concluir que la resiliencia es un proceso que alberga la transformación del individuo, incluyendo su desarrollo en un medio y escribiendo su historia en su cultura. Por ello, lo que caracteriza a las personas resilientes es su continua evolución y la historia que hacen de su vida.

Objetivos e hipótesis

La hipótesis principal del estudio es que los hijos que hayan percibido un contexto familiar marcado por la conflictividad parental, habrán desarrollado unas estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos desadaptativas en la edad adulta. Además, se espera encontrar que la resiliencia sea un factor que se vea afectado por dicha conflictividad parental.

Se plantean como objetivos específicos:

1. Conocer si la conflictividad parental percibida guarda relación con el desarrollo de unas estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos en los hijos marcadas por un manejo inadecuado.
2. Conocer si existe una relación entre sentimientos de culpabilidad y la autocrítica, como estrategia de afrontamiento de resolución de conflictos, en personas que han percibido alta conflictividad.
3. Estudiar si existen diferencias en las estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos en función de la conflictividad parental percibida.
4. Comprobar si existe una relación entre resiliencia y un manejo adecuado e inadecuado de las estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos.
5. Comprobar si existen diferencias en la resiliencia de cada persona en función de la conflictividad parental percibida.

Método

Participantes

En esta investigación participaron un total de 112 sujetos, de los cuales 76 eran mujeres (68%) y 36 hombres (32%). La media de edad fue 24.21 (DT = 2.90) con edades comprendidas entre los 18 y 30 años.

Diseño

Es un estudio de tipo ex post facto, dado que las variables que se han estudiado no han sido manipuladas. De la misma manera, es transversal ya que solamente tiene una única medida temporal.

Instrumentos

Los instrumentos que se han usado para el estudio son los siguientes:

- Escala de Resiliencia 14 ítems, RS-14, la versión abreviada adaptada al español (Sánchez y Robles, 2015): esta escala fue inicialmente desarrollada por Wagnild,

(2009), Sánchez y Robles (2015) fueron quienes la adaptaron al español. Es un instrumento de evaluación que mide el grado de resiliencia individual, considerándolo como una característica de personalidad positiva que facilita la adaptación del individuo a situaciones adversas. Presenta un total de 14 ítems, divididos en dos factores. El Factor I, evalúa la *Competencia Personal*, mediante 11 ítems engloba las variables, auto-confianza, independencia, decisión, ingenio y perseverancia. El factor II, evalúa la *Aceptación de uno mismo y de la vida*, mediante 3 ítems con las variables adaptabilidad, balance, flexibilidad y perspectiva de vida estable. El formato de respuesta se basa en una escala Likert, yendo las opciones de respuesta desde “1 = totalmente en desacuerdo” hasta “7 = totalmente de acuerdo”. Sánchez y Robles (2015) hallaron que el análisis factorial extrae un solo factor que explica el 75.97% de la varianza común, además presenta una adecuada consistencia interna presentando un alpha de Cronbach = .79, así como una alta validez de criterio $r = .87; p < .01$, al realizar la validación en población española.

- Escala de Conflicto Interparental desde la Perspectiva de los hijos, CPIC, la versión abreviada y adaptada al español (Iraurgi, Martínez-Pampliega, Sanz, Cosgaya, Galíndez y Muñoz, 2008): esta escala fue inicialmente desarrollada por Grych, Seid y Fincham (1992), Iraurgi et al. (2008) fueron quienes realizaron la versión abreviada y adaptada al español. El cuestionario CPIC es una escala que pretende valorar el conflicto matrimonial desde la perspectiva de los hijos. Consta de 49 ítems, distribuidos en nueve dimensiones: intensidad, frecuencia, estabilidad, resolución, contenido, estrategias de afrontamiento, amenaza percibida, triangulación y autoculpa. Englobadas en tres categorías: propiedades del conflicto, culpabilidad y amenaza. El formato de respuesta es de tres puntos “1 = verdad”, “2 = casi verdad” y “3 = falso”. Iraurgi et al. (2008), encontraron en la escala abreviada de 36 ítems, una alta consistencia interna, presentando un alpha de Cronbach = .91, así como un alto grado de concordancia con la escala original de 49 ítems, mostrando el 81% de varianza común. Dicha escala, se encuentra validada en población adulta (Moura, dos Santos, Rocha y Mena, 2010)
- Inventario de Estrategias de Afrontamiento, CSI, la versión adaptada al español (Cano, Rodríguez y García, 2007): este inventario fue inicialmente desarrollado por Tobin, Holroyd, Reynolds y Wigal (1989), Cano, Rodríguez y García (2007) fueron quienes la adaptaron al español. El CSI es un instrumento que recoge por un lado información cualitativa, en la que la persona describe una situación estresante; y por

otro lado cuantitativa, en la que responden con una escala tipo Likert siendo “0 = En absoluto” y “4 = Totalmente”, tanto la frecuencia de la utilización de distintas estrategias de afrontamiento, así como el grado de eficacia percibido en el afrontamiento. Presenta ocho escalas primarias que son: *Resolución de problemas*, *Autocrítica*, *Expresión emocional*, *Pensamiento desiderativo*, *Apoyo social*, *Reestructuración cognitiva*, *Evitación de problemas* y *Retirada social*. A su vez, de la agrupación de las primarias surgen las escalas secundarias que serían: *Manejo adecuado centrado en el problema*, la cual engloba Resolución de problemas y Reestructuración cognitiva; *Manejo adecuado centrado en la emoción*, incluye Apoyo social y Expresión emocional; *Manejo inadecuado centrado en el problema*, que engloba Evitación de problemas y Pensamiento desiderativo; *Manejo inadecuado centrado en la emoción*, la cual incluye Retirada social y Autocrítica. De la misma manera, agrupando las escalas secundarias surgen las escalas terciarias que serían: *Manejo adecuado*, incluyendo Resolución de problemas, Reestructuración cognitiva, Apoyo social y Expresión emocional, y *Manejo inadecuado*, englobando Evitación de problemas, Pensamiento desiderativo, Retirada social y Autocrítica. Cano, Rodríguez y García (2007), encontraron que los ocho factores explicaban un 61% de la varianza con 40 ítems (frente a 47%, que quedaba explicada con los 72 ítems originales). Obtuvieron coeficientes de consistencia interna entre .63 y .89. Es una escala que evalúa de forma válida y fiable la utilización de estrategias de afrontamiento en distintas situaciones.

Procedimiento

Se han administrado los distintos cuestionarios a través de “Google Formularios”, mediante un muestreo por redes sociales a la población objetivo. En las instrucciones del formulario se indicaba que era anónimo. Para que tuvieran conocimiento de lo que iban a contestar se detallaba el objetivo del estudio, además de la voluntariedad de participar, y la opción de abandonar el cuestionario en cualquier momento durante su realización.

Análisis de datos

En primer lugar, se calcularon los resultados de las distintas escalas administradas con el programa IBM SPSS Statics 22. En cuanto a la escala RS-14 se siguieron las instrucciones de Sánchez y Robles (2015), en las que se indica que la puntuación total es el sumatorio de los ítems. Respecto a la escala CPIC, se llevó a cabo la recodificación de los ítems inversos,

así como la agrupación en distintas subescalas y se obtuvo la puntuación total según las instrucciones de Iraugui et al. (2008), donde una mayor puntuación obtenida en la escala indica una menor conflictividad parental percibida y viceversa, una menor puntuación obtenida indica una mayor conflictividad parental percibida. Por último, para la escala CSI se siguieron las instrucciones de Cano, Rodríguez y García (2007), para agrupar en distintas subescalas y obtener la puntuación mediante el sumatorio de los distintos ítems.

Para comprobar el primer, segundo y cuarto objetivo se llevó a cabo una correlación de Pearson, para ver la relación entre dos variables cuantitativas.

Para finalizar, como comprobación del tercer y quinto objetivo, se realizó la U de Mann-Whitney para muestras independientes (prueba no paramétrica) debido a que se compararon las diferencias en dos grupos no equivalentes, siendo estos alta ($n = 22$) y baja ($n = 90$) conflictividad; por un lado, se comprobaron las diferencias en función de la conflictividad en las estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos y, por otro lado, en la resiliencia.

Resultados

Primero, para conocer si la conflictividad parental guardaba relación con el desarrollo de un manejo inadecuado de estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos en los hijos, se realizó una correlación de Pearson. Estos resultados indicaron una correlación negativa ($r(110) = -.28; p < .01$), siendo estadísticamente significativa pero muy baja, con un tamaño del efecto $r^2 = .08$.

Posteriormente, para averiguar si existía una relación entre sentimientos de culpabilidad y autocrítica en personas que han percibido alta conflictividad parental, se realizó una correlación de Pearson. Se ha encontrado una correlación negativa ($r(110) = -.60, p < .01$), estadísticamente significativa y moderada, con un tamaño del efecto de $r^2 = .35$.

Para comparar las diferencias en las estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos de los hijos en función de la conflictividad parental percibida, se realizó la prueba no paramétrica U de Mann-Whitney para muestras independientes, en la que se encontraron diferencias significativas en pensamiento desiderativo ($U = 701.50; p = .03$), en reestructuración cognitiva ($U = 1292.50; p = .03$) y en manejo inadecuado ($U = 612.50; p = .00$) Aunque las diferencias son bajas, presentando las tres un tamaño del efecto R de Rosenthal de 0.20 (Véase tabla 1).

Para comprobar si existía una relación entre resiliencia y un manejo adecuado e inadecuado de las estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos, se realizaron dos

correlaciones de Pearson. Los resultados muestran una correlación entre resiliencia y manejo adecuado ($r(110) = .32; p < .01$) siendo estadísticamente significativa pero baja, con un tamaño del efecto de $r^2 = .10$. Así como una correlación negativa entre resiliencia y manejo inadecuado ($r(110) = -.35; p < .01$), siendo de la misma manera estadísticamente significativa pero baja, con un tamaño del efecto de $r^2 = .12$.

Por último, para analizar si existían diferencias en la resiliencia en función de la conflictividad parental percibida, se realizó la prueba no paramétrica U de Mann-Whitney, en la que no se encontraron diferencias estadísticamente significativas.

Tabla 1

Diferencias en las estrategias de afrontamiento en función de la conflictividad parental percibida, con sus medianas

	U de Mann-Whitney	Sig. (bilateral)	Alta conflictividad	Baja conflictividad
Resolución de problemas	1005	.91	15	14
Autocrítica	742	.07	11.50	8
Expresión emocional	986	.98	11.50	12
Pensamiento desiderativo	701.50	.03*	17	15
Apoyo social	1114	.36	14	15
Reestructuración cognitiva	1292.50	.03*	11.50	13
Evitación de problemas	858.50	.33	8	7
Retirada social	738	.06	9.50	8
Manejo inadecuado	612.50	.00*	48	38
Manejo adecuado	1163.50	.20	53	54

Nota. Los estadísticos de Sig. (bilateral) que presentan un asterisco indican que son significativos ya que presentan una $p < .05$.

Discusión

Para comenzar, como se mencionó con anterioridad, se ha podido confirmar el primer objetivo del trabajo, es decir, se ha observado que existe una relación inversa en las puntuaciones de conflictividad parental percibida y manejo inadecuado de las estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos que emplean los hijos. Por lo tanto, la relación significa que cuanto mayor conflicto han percibido los hijos, éstos presentan un manejo más inadecuado de sus estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos.

Desde la teoría familiar sistémica, se puede observar cómo las estrategias desadaptativas que han desarrollado estos hijos son un reflejo de los conflictos percibidos

de sus padres. Estos conflictos serían los “destructivos”, los cuales Cummings y Davis (2002) definen como aquellos en los que los padres no llegan a ninguna resolución. Por lo tanto, como consecuencia de observar dichos conflictos sin una resolución adaptativa, los hijos no desarrollan su capacidad para generar soluciones competentes, de acuerdo con lo que exponen Margolin, Oliver y Medina (2001).

Así, el hecho de haber crecido en un clima familiar conflictivo sin una buena comunicación, se ha podido convertir en el factor precipitante de que estos hijos no hayan sido capaces de desarrollar unas estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos adaptativas, ya que estas conductas de regulación se desarrollan principalmente en las primeras interacciones familiares y éstas parecen no haber sido adaptativas.

Por ende, desde el punto de vista terapéutico es relevante subrayar la gran responsabilidad que tienen los padres en torno a la educación de los hijos, siendo los padres los precursores del desarrollo de la inteligencia emocional, los valores y las estrategias de resolución de conflictos competentes de los hijos.

Sin embargo, aunque la evidencia en la relación coincide con la hipótesis de trabajo podemos comprobar que su tamaño del efecto es especialmente pequeño ($r^2 = .08$), por lo que no es un resultado representativo. Este hecho podría deberse a un sesgo en el tamaño muestral, ya que se ha contado con 112 sujetos y quizás fuera necesario una muestra mayor. Además, haciendo referencia a lo que expone Maccoby (1994), en el desarrollo de las personas se solapan distintos contextos de influencia, como son la familia extensa, la escuela, los iguales y los medios de comunicación, entre otros, que en el presente estudio no se han tenido en cuenta. Por lo tanto, a pesar de que el núcleo familiar es el que ejerce una influencia que deja una huella muy marcada, a medida que las personas van creciendo otros contextos van tomando un mayor protagonismo en el desarrollo de las competencias.

De la misma manera, se ha podido confirmar el segundo objetivo del trabajo, es decir, se ha comprobado que existe una relación inversa en las puntuaciones de los sentimientos de culpabilidad y la autocrítica en personas que han percibido una alta conflictividad. Puesto que la Escala de Conflicto Interparental desde la Perspectiva de los hijos es inversa, esta relación se traduce en que a mayor sentimiento de culpabilidad mayor autocrítica. Estos resultados van en la línea de lo que exponen Cummings y Davies (2004), quienes explican que los hijos presentan cogniciones de culpa cuando perciben conflictos en la infancia. De acuerdo también con Pinheiro y Mena (2014) quienes presentan la joven adultez como una época de vulnerabilidad, en la que, si se perciben conflictos interparentales, acaban desarrollando una alta autocrítica.

Por consiguiente, estas personas durante su infancia aprendieron a sentir culpa ante los conflictos de sus progenitores, lo cual podría deberse a que los padres no fueron capaces de transmitir un mensaje de seguridad que exonerase a sus hijos de toda responsabilidad, ni les supieron transmitir que ellos no tienen ningún papel en las disputas. Por lo tanto, parece que estas consecuencias se mantienen a largo plazo, tal y como indican Porter y O'Leary (1980), ya que en la joven adultez continúan con una alta autocrítica y sentimientos de culpabilidad como estrategia de afrontamiento ante situaciones conflictivas.

Asimismo, en referencia al tercer objetivo del trabajo, se ha observado que existen algunas diferencias en las estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos en función de la conflictividad parental percibida.

Por un lado, encontramos que las personas que han percibido alta conflictividad parental tienen puntuaciones más altas en pensamiento desiderativo ($U = 701.50; p = .03$). Este hecho puede deberse a que, probablemente, las personas que se han desarrollado en un ambiente hostil han aprendido a evadirse de los problemas como estrategia, a fantasear sobre realidades alternativas; lo que reflejaría el disgusto que estos individuos tienen con su situación actual y el deseo que tienen de poder llegar una situación que ellos consideran como mejor o más agradable de la que están viviendo.

Por otro lado, existen diferencias entre los grupos de alta y baja conflictividad en cuanto a la reestructuración cognitiva. En otras palabras, las personas que han percibido baja conflictividad parental presentan mayores puntuaciones en reestructuración cognitiva, lo cual puede deberse a que, en los momentos donde sí hubo conflicto, este no fue destructivo, sino que los padres logran llegar a una solución y también son capaces de explicarle a los hijos lo sucedido, primando un clima de buena comunicación familiar. Este hecho puede ayudar a que los hijos vayan desarrollando la capacidad de dar significados positivos, o por lo menos neutrales, a situaciones estresantes.

Resulta interesante destacar que las dos estrategias que han mostrado diferencias significativas en ambos grupos (alta y baja conflictividad parental) son de corte cognitivo. Se podría decir que las estrategias de afrontamiento cognitivas se desarrollan a nivel intrapersonal, es decir, las personas han podido desarrollar autónomamente estas estrategias de afrontamiento para poder hacer frente a los problemas de la manera más adaptativa que ellos consideraban, a pesar de la conflictividad parental percibida. En cambio, aquellas estrategias que son conductuales, podrían haberse adquirido mediante

aprendizaje vicario y, por tanto, se entendería que no fuesen adecuadas, al tampoco haberlo sido la de sus padres.

Igualmente, en relación al tercer objetivo del trabajo, se ha encontrado que las personas que han percibido una alta conflictividad parental obtuvieron una mayor puntuación en el manejo inadecuado de las estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos. Este resultado coincide con lo hallado por Goeke-Morey, Papp y Cummings (2013), quienes exponen que estas personas presentan una menor habilidad para la resolución de conflictos. En otras palabras, probablemente no haya existido una buena comunicación ante situaciones conflictivas entre los distintos subsistemas parental y filial, hecho que ha llevado a los hijos a desarrollar estas estrategias menos adaptativas.

De la misma manera, en cuanto al cuarto objetivo del trabajo, se ha observado que existe una relación entre resiliencia y el manejo adecuado e inadecuado de las estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos. La primera relación es directa, es decir, a mayor resiliencia mayor manejo adecuado de situaciones conflictivas; en cambio, la segunda relación es inversa, a mayor resiliencia menor manejo inadecuado de situaciones conflictivas. Estos resultados concuerdan con la literatura revisada, como halló Bernard (1991) quién explica que aquellas personas que presentan una alta resiliencia son los que a su vez muestran una buena competencia social y capacidad para la resolución de problemas.

El hecho de que las personas resilientes presenten un manejo adecuado de estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos está directamente relacionado con la capacidad de adaptación exitosa que tienen las personas para hacer frente a circunstancias complicadas. Por ende, cabía esperar que aquellos que presentasen una mayor resiliencia hayan obtenido puntuaciones menores en manejo inadecuado de las estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos. En otras palabras, la resiliencia podría ser un factor protector frente a las situaciones estresantes, ya que permite que la persona pueda llevar a cabo unas mejores estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos.

Por último, en relación al quinto objetivo del trabajo, no se han encontrado diferencias en las puntuaciones de resiliencia que presentan las personas en función de la conflictividad parental que han percibido.

Dado que se encontró relación entre un manejo inadecuado de situaciones conflictivas, tanto con la conflictividad parental percibida como con la resiliencia, se hubiese esperado, inicialmente, que las personas que hubiesen percibido una alta conflictividad parental tuvieran una menor resiliencia. Esta idea estaría de acuerdo también con lo que propone

Uriarte (2005), quien expone que crecer en un clima familiar afable puede convertirse en un factor que facilite un buen desarrollo de la resiliencia. Sin embargo, en los resultados obtenidos no se aprecian las diferencias esperadas, lo que podría indicar que el clima familiar en el que se desarrollan las personas es importante, pero no determinante para el desarrollo de la resiliencia. Además, teniendo en cuenta que todas las personas tienen el potencial de desarrollar esta capacidad, es posible que otros contextos en los que la persona participa hayan podido mediar en su desarrollo, ya sea su entorno académico, social u otro.

De esta forma, el hecho de haber percibido una alta conflictividad de los padres, no implica que no se haya podido desarrollar un apego seguro, el cual, según Cyrulnik (2013) y Uriarte (2005), es un factor que facilita el desarrollo de esta capacidad.

Conclusiones finales

Por todo ello, la conclusión a la que se ha podido llegar con este trabajo es que las personas que se han criado en un clima en el que han primado los conflictos entre los padres, parece que han desarrollado estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos menos adaptativas. Sin embargo, al contrario de lo que inicialmente se contemplaba, la resiliencia no es una capacidad se desarrolle en mayor o en menor medida en función de la conflictividad parental percibida, sino que parece estar mediada por otros factores.

De esta manera, es importante reafirmar el papel principal de las figuras parentales y como éstas pueden condicionar el desarrollo adaptativo de los hijos, incluso en la edad adulta. Esto es especialmente relevante ya que los hijos los toman como referentes a seguir desde la infancia, y son aprendizajes que se mantienen a lo largo de sus vidas.

Como limitaciones del presente estudio, a pesar de haber obtenido una muestra de tamaño considerable, se destacaría la poca representatividad de esta ya que todos pertenecen al mismo ambiente, es decir, son de edades similares y en su mayoría universitarios. Por lo tanto, la homogeneidad de la muestra dificulta la generalización de los resultados.

De la misma manera, el cuestionario que se ha utilizado para medir la conflictividad parental percibida fue diseñado para niños. A pesar de estar validado en población adulta (Moura, dos Santos, Rocha y Mena, 2010), los resultados pueden estar sesgados ya que se basan en el recuerdo que tienen de su infancia y pueden estar distorsionados por el paso

del tiempo, especialmente teniendo en cuenta que entre las personas que se desarrollaron en ambientes más hostiles, prima la estrategia pensamiento desiderativo.

A su vez, no se han tenido en cuenta múltiples variables que han podido afectar a las demás como pueden serlo el apego, el estilo educativo de los progenitores, el nivel sociocultural de la muestra, los distintos rasgos de personalidad, las expectativas sobre los roles sociales, así como el haber pasado por un proceso terapéutico. Todas estas variables han podido influir de manera simultánea en el desarrollo de unas estrategias de afrontamiento de resolución de conflictos adaptativas y en una buena capacidad de resiliencia.

Además, se trata de un estudio transversal, por lo que no se puede definir una causalidad de los resultados encontrados, ya que únicamente se han podido comprobar las correlaciones existentes entre las variables.

Por lo tanto, como propuesta para futuras investigaciones, sería recomendable realizar un estudio longitudinal para poder estudiar los cambios en las distintas etapas, y así poder eliminar el sesgo del recuerdo, y también poder establecer hipótesis causales. Sería interesante también incluir la perspectiva de los padres para comparar si difiere la conflictividad percibida por el subsistema parental y el subsistema filial

Referencias

- Acuña, M. y Rodrigo, M. J. (1998): El escenario y el currículum educativo familiar. En M. J. Rodrigo y J. Palacios (Coords.), *Familia y desarrollo humano* (261-276) Madrid, Alianza.
- Amezcuca, J. A., Pichardo, M. C. y Fernández de Haro, E. (2002). Importancia del clima social familiar en la adaptación personal y social de los adolescentes. *Revista de psicología general y aplicada: Revista de la Federación Española de Asociaciones de Psicología*, 55(4), 575-590. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/revista?codigo=2008>
- Benard, B. (1991). Fostering resiliency in kids: Protective factors in the family, school, and community. Western Center for Drug-Free Schools and Community (4-32). Department of Education, Washington, DC.
- Cano, F. J., Rodríguez, L. y García, J. (2007). Adaptación española del Inventario de Estrategias de Afrontamiento. *Actas Españolas de Psiquiatría*, 35 (1), 29-39. Recuperado de <https://www.actaspsiquiatria.es/>
- Ceballos, E. y Rodrigo, M. J. (1998): Las metas y estrategias de socialización entre padres e hijos. En M. J. Rodrigo y J. Palacios (Coords.), *Familia y desarrollo humano* (225-243) Madrid, Alianza.
- Crockenberg y Langrock (2001). The role of emotion and emotional regulation in children's responses to interparental conflict. En J.H. Grych y F.D. Fincham (Eds). *Interparental conflict and child development. Theory, research and application* (9-38). Cambridge University Press.
- Cuervo, A (2010). Pautas de crianza y desarrollo socioafectivo en la infancia. *Diversitas: Perspectivas en psicología*, 6(1), 111-121. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/revista?codigo=6867>
- Cummings, E. M., Davies, P. T. y Simpson, K. S. (1994). Marital conflict, gender, and children's appraisals and coping efficacy as mediators of child adjustment. *Journal of Family Psychology*, 8(2), 141-149. Recuperado de <https://www.apa.org/pubs/journals/fam/>
- Cummings, E. M., Goeke-Morey, M. C. y Papp, L. M. (2003). Children's responses to everyday marital conflict tactics in the home. *Child development*, 74(6), 1918-1929. Recuperado de <https://srcd.onlinelibrary.wiley.com/journal/14678624>

- Cummings, E.M. y Davies, P.T. (2002). Effects of marital conflict on children: recent advances and emerging themes in process-oriented research. *Journal of child psychology and psychiatry*, 43(1), 31-63. Recuperado de <https://onlinelibrary.wiley.com/journal/14697610>
- Cyrułnik, B. (2013). *Los patitos feos: la resiliencia. Una infancia infeliz no determina la vida*, España, DEBOLS!LLO.
- Estévez, E., Murgui, S., Musitu, G. y Moreno, D. (2008). Clima familiar, clima escolar y satisfacción con la vida en adolescentes. *Revista mexicana de psicología*, 25(1), 119-128. Recuperado de <https://www.redalyc.org/revista.oa?id=2430>
- Ferreiro, M.L., Santos, E.J. y Ferreira, J.M. (2007). Afecto parental y conducta de los hijos en situaciones de discusiones cotidianas. *Psychologica*, (46), 167-195. Recuperado de <https://impactum-journals.uc.pt/psychologica>
- Florentino, M. T. (2008). La construcción de la resiliencia en el mejoramiento de la calidad de vida y la salud. *Suma Psicología*, 15(1), 95-114. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/revista?codigo=11482>
- Fletcher, D. y Sarkar, M. (2013). Psychological resilience: A review and critique of definitions, concepts, and theory. *European psychologist*, 18(1), 12. Recuperado de <http://www.europeanpsychologist.eu/>
- Fraley, C. (2002). Attachment stability from infancy to adulthood: Meta-analysis and dynamic modeling of developmental mechanisms. *Personality and social psychology review*, 6(2), 123-151. Recuperado de <https://journals.sagepub.com/home/psr>
- Goetze-Morey, M. C., Papp, L. M., & Cummings, E. M. (2013). Changes in marital conflict and youths' responses across childhood and adolescence: A test of sensitization. *Development and psychopathology*, 25(1), 241-251. Recuperado de <https://www.cambridge.org/core/journals/development-and-psychopathology>
- Grusec, J.E. (2002). Parental socialization and children's acquisition of values. En M.H. BORNSTEIN (Ed.), *Handbook of Parenting. Vol 5. Practical issues in parenting* (143-167). Mahwah, N.J., Erlbaum.
- Grych, J. H. y Fincham, F. D. (1990). Marital conflict and children's adjustment: A cognitive-contextual framework. *Psychological bulletin*, 108(2), 267. Recuperado de <https://www.apa.org/pubs/journals/bul/>
- Grych, J. H., Jouriles, E. N., Swank, P. R., McDonald, R. y Norwood, W. D. (2000). Patterns of adjustment among children of battered women. *Journal of consulting and clinical psychology*, 68(1), 84. Recuperado de <https://www.apa.org/pubs/journals/ccp/>

- Grych, J. H., Seid, M. y Fincham, F. D. (1992). Assessing marital conflict from the child's perspective: The Children's Perception of Interparental Conflict Scale. *Child development*, 63(3), 558-572. Recuperado de <https://srcd.onlinelibrary.wiley.com/journal/14678624>
- Grych, J.H. y Fincham, F.D. (2001). Interparental conflict and child adjustment. En J.H. Grych y F.D. Fincham (Eds). *Interparental conflict and child development. Theory, research and application* (1-9). Cambridge University Press.
- Harold, G. T. y Sellers, R. (2018). Annual research review: Interparental conflict and youth psychopathology: An evidence review and practice focused update. *Journal of child psychology and psychiatry*, 59(4), 374-402. Recuperado de <https://onlinelibrary.wiley.com/journal/14697610>
- Iraurgi, I., Martínez-Pampliega, A., Sanz, M., Cosgaya, L., Galíndez, E. y Muñoz, A. (2008). Escala de Conflicto Interparental desde la Perspectiva de los Hijos (CPIC): Estudio de validación de una versión abreviada de 36 ítems. *Revista Iberoamericana de Diagnóstico y Evaluación-e Avaliação Psicológica*, 1(25), 9-34. Recuperado de <https://www.redalyc.org/revista.oa?id=4596>
- Jenkins, J., Simpson, A., Dunn, J., Rasbash, J. y O'Connor, T. G. (2005). Mutual influence of marital conflict and children's behavior problems: Shared and nonshared family risks. *Child Development*, 76(1), 24-39. Recuperado de <https://srcd.onlinelibrary.wiley.com/journal/14678624>
- Katz, L. F. y Gottam, J. M. (1995). Vaggal tone protects children from marital conflict. *Development and Psychopathology*, 7(1), 83-92. Recuperado de <https://www.cambridge.org/core/journals/development-and-psychopathology>
- Lázaro, S. (2009). Resiliencia en niños y adolescentes: revisión teórica e implicaciones para la intervención psicoeducativa en situaciones de maltrato familiar. *Estudios de psicología*, 30(1), 89-104. Recuperado de <https://www.tandfonline.com/loi/redp20>
- Lazarus, R. S. y Folkman, S. (1986). El proceso de afrontamiento: una alternativa a las formulaciones tradicionales. En R.S. Lazarus y S. Folkman, *Estrés y procesos cognitivos* (164-200). Barcelona: Martínez Roca.
- López, F. (2006) Apego: estabilidad y cambio a lo largo del ciclo vital. *Infancia y Aprendizaje*, 29(1), 9-23, doi: 10.1174/021037006775380830
- Luthar, S. S., Cicchetti, D. y Becker, B. (2000). The construct of resilience: A critical evaluation and guidelines for future work. *Child development*, 71(3), 543-562. Recuperado de <https://srcd.onlinelibrary.wiley.com/journal/14678624>

- Maccoby, E. E. (1994). The role of parents in the socialization of children: An historical overview. En R.D. Parke, P.A. Ornstein, J.J. Rieser y C. Zahn-Waxler (Eds.), *A century of developmental psychology* (589-615). American Psychological Association.
- Macías, M. A., Madariaga, C., Valle, M. y Zambrano, J. (2013). Estrategias de afrontamiento individual y familiar frente a situaciones de estrés psicológico. *Psicología desde el Caribe*, 30(1), 123-145. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/revista?codigo=2775>
- Manciaux, M., Vanistendael, S., Lecomte, J. y Cyrulnik, B. (2001). La resiliencia: estado de la cuestión. En M. Manciaux (Ed.), *La resiliencia: resistir y rehacerse*. Madrid: Gedisa, 2003
- Margolin, G. Oliver, P.H. y Medina, A.M. (2001). Conceptual issues in understanding the relation between interparental conflict and child adjustment. En J.H. Grych y F.D. Fincham (Eds.). *Interparental conflict and child development. Theory, research and application* (9-38). Cambridge University Press
- Martínez, R. A. (1996). Familia y educación. Fundamentos teóricos y metodológicos. Oviedo, España: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo.
- Moneta, M.E. (2014). Apego y pérdida: redescubriendo a John Bowlby. *Revista chilena de pediatría*, 85, 265-268. Recuperado de https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_serial&pid=0370-4106&lng=es&nrm=iso
- Moura, O., dos Santos, R.A., Rocha, M. y Matos, P.M. (2010). Children's Perception of Interparental Conflict Scale (CPIC): Factor structure and invariance across adolescents and emerging adults. *International Journal of Testing*, 10(4), 364-382. Recuperado de <https://www.tandfonline.com/loi/hijt20>
- Muñoz, A. (2005). La familia como contexto de desarrollo infantil: dimensiones de análisis relevantes para la intervención educativa y social. *Portularia* 5 (2), 147-136. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/revista?codigo=1927>
- Ortiz y López (2014). El desarrollo del apego durante la infancia. En F. López, I. Etxebarria, M.J. Fuentes y M.J. Ortiz (Eds.), *Desarrollo afectivo y social*. (41-65) Madrid, Pirámide.
- Palacios, J. (1999): La familia y su papel en el desarrollo afectivo y social. En F. López, I. Etxebarria, M.J. Fuentes y M.J. Ortiz (Eds.), *Desarrollo afectivo y social* (267-284) Madrid, Pirámide.
- Palacios, J. y Moreno, M. C. (1998): Familia y vida cotidiana. En M. J. Rodrigo y J. Palacios (Coords.), *Familia y desarrollo humano* (71-89) Madrid, Alianza.
- Palacios, J. y Rodrigo, M. J. (1998): La familia como contexto de desarrollo humano. En M. J. Rodrigo y J. Palacios (Coords.), *Familia y desarrollo humano* (25-44) Madrid, Alianza.

- Pérez, J., Ferri, F., Melià de Alba, A., y Miranda, A. (2007). Resiliencia y riesgo en niños con dificultades de aprendizaje. *Revista de neurología*, 44(2), 9-12. Recuperado de <https://www.neurologia.com/>
- Pinheiro, C. y Mena, P. (2014). Relación parental, autoestima y sintomatología depresiva en jóvenes adultos. Implicaciones de los conflictos interparentales, coalición y triangulación. *Universitas Psychologica*, 13(3), 907-922. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/revista?codigo=3742>
- Porter, B. y O'Leary, K. D. (1980). Marital discord and childhood behavior problems. *Journal of Abnormal child Psychology*, 8(3), 287-295. Recuperado de <https://www.springer.com/journal/10802>
- Ramírez, M.A. (2004). Conflictos entre padres y desarrollo de los hijos. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, 11(34), 171-182. Recuperado de <https://www.redalyc.org/toc.oa?id=105&numero=622>
- Sánchez, D. y Robles, M. A. (2015). Escala de resiliencia 14 ítems (RS-14): propiedades psicométricas de la versión en español. *Revista Iberoamericana de Diagnóstico y Evaluación-e Avaliação Psicológica*, 2(40), 103-113. Recuperado de <https://www.redalyc.org/toc.oa?id=4596&numero=45432>
- Tobin, D. L., Holroyd, K. A., Reynolds, R. V. y Wigal, J. K. (1989). The hierarchical factor structure of the Coping Strategies Inventory. *Cognitive therapy and research*, 13(4), 343-361. Recuperado de <https://link.springer.com/journal/10608/volumes-and-issues>
- Ungar, M., Brown, M., Liebenberg, L., Othman, R., Kwong, W.M., Armstrong, M. y Gilgun, J. (2007). Unique pathways to resilience across cultures. *Journal of Adolescence*, 42(166), 287. Recuperado de <https://www.journals.elsevier.com/journal-of-adolescence>
- Uriarte, J.D. (2005). La resiliencia. Una nueva perspectiva en psicopatología del desarrollo. *Revista de psicodidáctica*, 10(2), 61-79. Recuperado de <https://www.elsevier.es/es-revista-psicodidactica-243>
- Wagnild, G. M. (2009). *The Resilience Scale User's Guide for the US english version of the Resilience Scale and the 14-Item Resilience Scale*. Worden, Montana (USA): The Resilience Center.
- Waters, E., Merrick, S., Treboux, D., Crowell, J. y Albersheim, L. (2000). Attachment security in infancy and early adulthood: A twenty-year longitudinal study. *Child development*, 71(3), 684-689. Recuperado de <https://srcd.onlinelibrary.wiley.com/journal/14678624>